

# Identidad y globalización

## NAPOLEÓN FRANCESCHI

Profesor e investigador. Egresado del Instituto Pedagógico de Caracas (1976). Obtuvo una Maestría en Historia Intelectual de Europa y Estados Unidos de América (Master of Arts, University Of the Pacific, Stockton, California, USA, 1984) y Doctor en Historia, Summa Cum Laude (UCAB).

Ha ejercido la docencia a niveles de Pregrado y Post-grado durante más de tres décadas. Desde 1976, se desempeñó como profesor en el Departamento de Geografía e Historia del Instituto Pedagógico de Caracas. Profesor Titular jubilado de la Universidad Pedagógica Experimental Libertador.

Desde 2005, está adscrito al Dpto. Didáctica/Humanidades de nuestra Casa de Estudios. Desde allí, imparte clases en el Área de Historia. Igualmente, es invitado regular de "Conversaciones con la Historia", ciclos de conferencias trimestrales coordinados por la Dra. Laura Febres.

Como incansable investigador, ha publicado diversos artículos sobre temas históricos y didácticos en revistas especializadas. Es autor de los libros: *Caudillos y caudillismo en la Historia de Venezuela* (Caracas, 1979); *Vida y obra del Ilustre Caraqueño Don Feliciano Montenegro Colón* (Caracas, 1994); *Venezuela Petrolera* (Caracas, 1998); *El Culto a los Héroes y la Formación de la Nación Venezolana 1830-1883* (Caracas, 1999); *El Pensamiento Político del Libertador Simón Bolívar* (Caracas, 2001); entre otros. Como autor o coautor ha escrito dieciocho manuales de historia para escolares (Caracas, 1973-2009).

En el número 27 de Cuadernos Unimetanos/julio 2011 nos deleito con una triada de cuentos dedicados al pueblo de Onoto. En esta oportunidad, nos presenta un incisivo ensayo sobre el tema de la Identidad Nacional de los venezolanos y su supuesta dicotomía en tiempos de "Globalización".

Antes de presentar nuestro punto de vista, contrastaremos los de Thomas Friedman, Mario Vargas Llosa y Esteban Emilio Monsonyi.

Relata Friedman<sup>1</sup> el impacto de una visita a la fábrica de los autos *Lexus* en Japón. Producían diariamente 300 de ellos con el trabajo de 66 operarios y 310 robots. Los humanos más que todo revisaban la calidad. Después viajó a "*Ciudad Toyota*" en el "tren bala", a 300 kilómetros por hora, y allí, todavía mareado por la velocidad, leyó en el "*International Herald Tribune*" una nota sobre el conflicto del Medio Oriente.

Reflexionó que mientras los japoneses estaban fabricando los autos más lujosos del mundo y él viajaba en ese ultra rápido tren; en un rincón del planeta que conocía muy bien, todavía seguían luchando como desde hace miles de años acerca de quién es el dueño de cada árbol de olivo. Confiesa Friedman que allí comenzó una reflexión sobre el tema de la *globalización*.

El autor, quien en una oportunidad estuvo en el IESA, plantea que "*el Lexus representa la fuerza y el impulso de la creación de riqueza, mientras que el árbol de olivo representa las raíces, la tradición, la necesidad humana de identidad y de pertenecer a una comunidad.*"

<sup>1</sup> Este norteamericano, dos veces Premio *Pulitzer* de Periodismo y "*Guru*" de la mundialización, es autor del *best seller* "*The Lexus and the Olive Tree*" (revista PRIMICIA, entrevista, Caracas, abril 25, 2000), pp. 26-28)

Fue un shock - dice – entender que ambos símbolos expresan perfectamente *“el momento de la posguerra fría y la globalización que atravesamos. La mitad del mundo parece emerger hacia la nueva economía mundial, tratando de fabricar un Lexus mejor que el de los japoneses, modernizando, privatizando y tratando de abordar el tren de la globalización, mientras la otra mitad de un país, sigue atrapada en la disputa acerca de sus raíces y sus derechos territoriales.”*

En este planteamiento está esbozado el juego dialéctico entre modernidad y tradición, entre afeerrarse al pasado o aceptar los retos del presente y del futuro.

El *“Lexus”* es un excelente símbolo de esta sociedad contemporánea cada vez más globalizada, donde no sólo circulan capitales para la inversión y nuevas tecnologías. También una avalancha de nuevas ideas que horadan todas las fronteras, incluyendo aquellas donde todavía se matan, desde tiempo inmemorial, por el control de un terreno donde está sembrado un árbol de oliva.

Para nuestra suerte, Mario Vargas Llosa publicó también un ensayo titulado *“Las Culturas y la Globalización”*<sup>2</sup>.

Explicaba el autor que en las protestas se denunciaba la globalización señalando que *“La desaparición de las fronteras nacionales y el establecimiento de un mundo interconectado por los mercados internacionales infligirán un golpe de muerte a las culturas regionales y nacionales, a las tradiciones, costumbres, mitologías y patrones de comportamiento que determinan la identidad cultural de cada comunidad o país.”*

Agregó Vargas Llosa que aunque se denuncia la invasión cultural de los países desarrollados, especialmente de USA, paradójicamente, esto no lo hacen sólo las minorías radicales. En Francia también lo asumen variadas corrientes que se oponen a esa penetración estadounidense.

Ahondando algo más, dice que el argumento cultural contra la globalización no es aceptable, aunque conviene reconocer que en su fondo yace una verdad: *“El mundo en el que vamos a vivir en el siglo que comienza va a ser mucho menos pintoresco, impregnado de menos color local, que el que dejamos atrás... Pero no por el proceso de la*

*globalización, sino de la modernización, de la que aquella es efecto, no causa”.*

Vargas no cree que ello pueda evitarse ni siquiera en países como Cuba o Corea del Norte, y concluye que *“el alegato a favor de la “identidad cultural” en contra de la globalización delata una concepción inmovilista de la cultura que no tiene fundamento histórico. ¿Qué culturas se han mantenido idénticas a sí mismas a lo largo del tiempo? Para dar con ellas hay que ir a buscarla entre las pequeñas comunidades primitivas.”*

Según el autor la noción de *“identidad cultural”* no tiene consistencia conceptual, y, en el plano político, es un peligro para la libertad.

Concluye Vargas Llosa destacando que *“el concepto de identidad es reductor y deshumanizador, que la noción de identidad colectiva es una ficción ideológica, cimiento del nacionalismo, que una de las grandes ventajas de la globalización es que extiende a cada ciudadano del planeta la posibilidad de construir su propia identidad cultural, que el temor a la americanización del planeta es una paranoia ideológica”.*

Es cierto que con la globalización el idioma inglés ha pasado a ser, como el latín en la Edad Media, la lengua general de nuestro tiempo.

Pero esto no ha impedido la expansión de otros idiomas, entre ellos el español que tiene millones de hispanohablantes en USA.

*“Las culturas necesitan vivir en libertad, expuestas al cotejo continuo con culturas diferentes, gracias a lo cual se renuevan y enriquecen, y evolucionan y adaptan a la fluencia continua de la vida. En la antigüedad, el latín no mató al griego, por el contrario, la originalidad artística y la profundidad intelectual de la cultura helénica impregnaron de manera indeleble la civilización romana (...) La globalización no va a desaparecer a las culturas locales; todo lo que haya en ellas de valioso y digno de sobrevivir encontrará en el marco de la apertura mundial un terreno propicio para germinar”.*

Citando a T.S. Eliot, recuerda que éste predijo el florecimiento de las culturas locales y regionales. Al respecto véase lo ocurrido en Europa, especialmente en España.

No deja pasar por alto que en los siglos XVIII-XIX, los estados nacionales aniquilaron las identidades

<sup>2</sup> Diario EL NACIONAL (Caracas, Abril 16, 2000) (p. A/7, Opinión).

culturales más débiles e impusieron una cultura dominante, hasta prohibiendo idiomas y tradiciones.

En fin, acota Vargas Llosa que la *globalización* plantea muchos retos; pero ella debe ir acompañada de la *mundialización* y profundización de la democracia, la legalidad y la libertad.

Remata señalando que "... *nunca antes, en la larga historia de la civilización humana, hemos tenido tantos recursos intelectuales, científicos y económicos como ahora para luchar contra los males atávicos: el hambre, la guerra, los prejuicios y la opresión.*"

La correlación que hace Vargas Llosa entre Identidad y Globalización no es posible calificarla de neutra o no comprometida. Sin duda ella expresa una vigorosa posición ideológica a favor de la modernidad, la libertad individual y el cambio transformador.

Sin estrechos complejos nacionalistas, el autor acepta las bondades de ese "*nuevo fantasma que recorre al mundo*". Cuestiona esas posiciones defensivas de estados y sociedades que todavía pretenden cerrarse ante esas sucesivas olas que surcan el planeta.

Para completar el ciclo de autores citados abordemos ahora los polémicos planteamientos de *Esteban Emilio Monsonyi*<sup>3</sup>.

Éste último enfrenta abierta y directamente a Mario Vargas Llosa y su ensayo "*Las Culturas y la Globalización*". Señala que este autor tiene una "*visión ultraneoliberal*" del asunto y lo califica de "*emisorio de la mediocridad*".

Argumenta que "*De hecho, la globalización hegemónica tiene poco que ver con la mundialización, real o potencial, de cada fenómeno surgido en el orbe por vía de los medios de comunicación contemporáneos. Así, el que se oiga hablar en español hasta en los lugares más remotos no es algo que se inscriba en los grandes proyectos culturales, si cabe utilizar el término, de las corporaciones transnacionales.*"

Agrega que cualquiera sabe que en USA se reprime el idioma español, hasta en entidades hispanizadas como California y Florida. Allí el idioma ha venido perdiendo prerrogativas y ya no se plantea su oficialización regional. Además, "*la educación bilingüe está de capa caída.*"

Antes de continuar con lo escrito por Monsonyi, traeremos a colación un debate que se generó en

3 Diario EL NACIONAL (Caracas, Mayo, 17 de 2000 /// p. A/6 Opinión). "*Globalización y Diversidad Cultural*"

USA, a partir de la publicación de una obra de Richard Rodríguez<sup>4</sup>.

Este autor, de obvio origen hispano, fue un brillante intelectual con una formación académica de alto nivel. Rodríguez y otros intelectuales latinos de la década de 1980 empezaron a refutar el supuesto carácter "progresista" de mantener la dualidad cultural de los hispanos (especialmente los de origen mexicano), expresada en esa lucha permanente por las tradiciones propias y la educación bilingüe.

Rodríguez, enfrentando a muchos de su propio entorno cultural, opinaba que la solución no era mantenerse "auto segregado" en medio de dos identidades. Más bien, defendió la idea de incorporarse totalmente a la cultura dominante. Afirmó que sólo así se podía abandonar el *gheto*, incorporarse y competir con éxito en el sistema educativo y en la sociedad estadounidense. Hacer lo contrario, decía, era quedar relegado para siempre como trabajador no calificado.

Debe recordarse que en el caso de Texas y California, fueron los propios pobladores hispanos quienes invitaron a los anglosajones a establecerse en esos territorios a mediados del Siglo XIX, y fue posteriormente, cuando los estadounidenses agredieron a México y decidieron quedarse con todo.

Una consecuencia de esas anexiones territoriales es el carácter peculiar de Nuevo México. Este es el único estado donde el español es lengua oficial junto con el Inglés, haciendo la salvedad que, curiosamente, en USA no hay un "idioma oficial" para toda la nación. Aunque también es cierto que la mayoría anglosajona se opone a que se gaste tanto en los "extranjeros" que pretenden vivir en el país que los acoge sin asimilarse totalmente<sup>5</sup>.

Terminada esta necesaria digresión, continuaremos reseñando la filípica que Monsonyi lanzó contra Vargas Llosa.

Dice que éste "*despotrica contra el concepto de identidad colectiva acudiendo al ridículo, simplísimo y mil veces superado argumento de que ella no es estática y, sobre todo, incompatible con las identidades individuales, con la libertad de la persona como tal.*"

4 Doctorado en literatura inglesa, conferencista universitario y escritor. Autor de la obra HUNGER OF MEMORY. The education of Richard Rodriguez (Bantam books, 1983)

5 Véase también sobre este asunto un trabajo nuestro: Napoleón Franceschi G. "*Mito y Realidad: Bandolerismo en California, Siglo XIX*" (pp.127-145) BOLETÍN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA. (Nº 339-340, julio-diciembre de 2002). Caracas, ANH, 2002

Y agrega Monsonyi que hasta estudiantes principiantes saben que la identidad humana es dinámica, fluida y cambiante. Constituida por “*dimensiones tales como individualidad, familia, comunidad, región, nación, afinidad ideológica o profesional, incluso solidaridad internacional y panantrópica.*”

Finalmente, Monsonyi reconoce “*la consolidación de una mega-tendencia histórica que hace viable la creciente articulación intercultural de todas las sociedades humanas grandes y minúsculas; todo lo que presagia un enriquecimiento increíble de la experiencia humana en medio de la socio diversidad*”. Lamentablemente, acota que hay una fuerza que se opone a esta potencialidad sin precedentes: La vía corta de “*la globalización neoliberal, cuyo proyecto confeso es la masificación de la humanidad*” sobre la base del pensamiento único y la homogeneidad castrante.

Estas ideas expresan claramente su conocida posición sobre el tema, esto es, la defensa a ultranza de esa especie de “*autoctonismo*” o indigenismo militante.

Era de esperar que rechazara abiertamente una posición como la de Vargas Llosa.

Presentados ya los argumentos anteriores, ofreceremos ahora algunas ideas nuestras sobre el tema. Al compararlas con lo dicho por los autores mencionados, se notará que hay coincidencias y también – como es lógico – cuestiones que chocan con nuestros puntos de vista.

Más que definir, de manera abstracta, qué es eso tan escurridizo como la *identidad nacional*, nos acercaremos al tema desde variados ángulos para comprender mejor el asunto.

**En primer lugar**, afirmamos que no creemos que nuestra identidad nacional la tengamos que ver solamente asociada al remoto pasado.

Quienes creen que nuestra identidad sólo la representa el *rancho* o choza de *bahareque*<sup>6</sup>, el palafito, el *conuco*, el sombrero de cogollo, las alpargatas y el *liqui-liqui*; la carne en vara, el casabe, la hallaca, las *arepas* y *cachapas*; la leyenda de María Lionza y el baile de joropo con arpa, cuatro y maracas tienen una muy reducida visión sobre lo que representa la identidad de un pueblo o nación.

La *identidad nacional* de los venezolanos de nuestros días no tiene que ser necesariamente igual a la

de aquellos que vivieron en remotas épocas. Diríamos más bien que, la identidad de un pueblo es muy dinámica, ella refleja las transformaciones ocurridas en la economía, la sociedad, el Estado y la cultura en cada época histórica. No podemos suponer, por ejemplo, que aquellos criollos “*mantuanos*” de la Caracas de finales del siglo XVIII pensarán igual a los que sobrevivieron a la terrible revolución de la guerra de independencia nacional. Es obvio, que sus ideas, opiniones y todo aquello que formaba parte de su propia mentalidad e identidad quedaron afectados profundamente por las transformaciones económicas, sociales y políticas ocurridas entonces.

En fin, no puede suponerse que, de ninguna manera, sus opiniones sobre lo que representaban las antiguas ideas siguiesen igual y que su identidad fuese la misma de antes.

La mayor parte de los representantes de esas elites criollas desarrollaron una nueva identidad de acuerdo con los cambios sufridos por la sociedad venezolana y se la impusieron al resto del país. De la misma manera, ya en nuestro siglo XX, al desarrollarse la nueva economía petrolera y el consiguiente proceso de decadencia y desaparición de la economía tradicional de la “*Venezuela Agraria*”, se abrió paso a un proceso de cambios en la mentalidad de las elites venezolanas, base para la formación de una nueva identidad nacional. Lógicamente, siempre las ideas dominantes son las ideas de las clases y grupos dominantes.

**En resumen:** Durante la época colonial fuimos cerradamente hispano-católicos; a partir de la independencia nos abrimos hacia el espíritu cosmopolita hijo de las ideas de la Ilustración liberal; en los siglos XX y XXI, en medio del avasallador avance del capitalismo occidental se nos incorporó (gracias a la riqueza petrolera) a la caravana de la cultura anglosajona.

**Visto ya el problema de manera general, examinemos ahora el asunto con mayores detalles:**

Durante los siglos coloniales nuestra identidad estuvo signada por el tradicional respeto y sumisión al monarca español y a la iglesia católica y sus mandatos morales, éticos, estéticos e ideológicos; a la cultura tradicional ibérica y también por algunos elementos propios de nuestro mestizaje africano e indígena. En cierto sentido, nos sentíamos parte integrante de una vasta comunidad hispana hermanada

<sup>6</sup> El *bahareque* es una pared hecha con barro y paja picada, embutido dentro de una armazón de horcones de madera, caña brava y otros materiales. Esta estructura sostiene un techo de paja o de hojas de palma.

por lazos de lengua, religión, costumbres y tradiciones. Y aunque el proceso de emancipación nacional trastocó el orden colonial, no se borraron todos esos viejos lazos creados a través de más de trescientos años de historia común. No es fácil que la mentalidad o el *"imaginario colectivo"* de un pueblo cambie de manera radical en un período histórico corto.

**De todas maneras**, los venezolanos tuvieron que intentar darles respuestas a las interrogantes planteadas al alcanzar su emancipación nacional en el período 1810-1823.

Al preguntarse cuál era su identidad, respondieron con una negación. Establecieron la nueva identidad sobre la base del rechazo a su propio pasado. Amputaron parte fundamental de su historia al querer olvidarse de sus ancestros españoles, a los que condenaron en los más duros términos, hasta construir eso que se ha denominado la *"Leyenda Negra"*<sup>7</sup>.

Cuando los primeros historiadores del siglo XIX venezolano escribieron sobre aquella patria recién emancipada, en general, lo hicieron siguiendo un mismo patrón, esto es, afianzar la nueva identidad sobre la base de enfrentar el pasado español como algo esencialmente negativo.

Destacaron la codicia y las atrocidades de los navegantes, conquistadores y colonizadores hispanos, la barbarie de la guerra de independencia (realistas sanguinarios), el oscurantismo, la intolerancia, el fanatismo y el atraso<sup>8</sup>.

Frente a ese negativo cuadro, estos historiadores plantearon como contraste la gesta de los héroes de la patria. Sólo la acción de los próceres libertadores encabezados por Simón Bolívar logró poner fin a esa larga noche y traernos la luz de la libertad política, el progreso y una patria propia<sup>9</sup>.

Era lógico y necesario que, ante ese inmenso vacío dejado por esa actitud negadora, se apelara al **culto de los héroes** como el único sustituto o consuelo para un pueblo que conquistó su independencia a costa de miles de muertos, la destrucción de su

7 Este planteamiento ha sido defendido por notables historiadores, pero también ha sido cuestionado por intelectuales como Mario Briceño Iragorry, Guillermo Morón y Ángel Bernardo Viso.

8 Entre ellos: Feliciano Montenegro Colón, Rafael María Baralt, Francisco Javier Yanes, Juan Vicente González, José de Austria y Felipe Larrazábal. Considérese también la interesante propuesta de Juan Liscano, quien ha sostenido que en nuestra identidad existe el íntimo conflicto de los venezolanos que tienen el alma escindida al desear identificarse con la madre violada (la mujer indígena cuyo vientre crió al mestizo americano) y no con el padre violador, el conquistador y el colonizador español.

9 Ibidem.

aparato productivo, la desarticulación de la sociedad tradicional y el surgimiento del caudillismo y las guerras civiles. Se debe considerar que la primera de estas guerras civiles, lo fue la guerra de independencia, donde se enfrentaron los propios venezolanos que pelearon en uno y otro ejército<sup>10</sup>.

Sin dudas al respecto, los venezolanos que tuvieron la oportunidad de vivir en carne propia ese proceso, o los que sólo lo conocieron después, a través de las obras de los historiadores nacionales; desarrollaron su identidad, edificándola sobre una débil estructura. Pretendieron que ella se sustentara únicamente sobre las glorias de un puñado de héroes que nos había hecho libres, y de los cuales, ni siquiera éramos dignos hijos, si se consideraba nuestra ingratitud y desidia.

**Éramos un pueblo que se veía a sí mismo en estos términos:** Negaba a sus *"abuelos hispanos"*, pero hablaba su lengua y conservaba muchas de sus tradiciones; cantaba a las glorias de los héroes de la epopeya o gesta independentista, pero en el fondo no estaba satisfecho con lo obtenido —una libertad— que no le servía de mucho. La mayoría de los venezolanos consideró que no había cambiado positivamente su situación; pero por el contrario, los que se mantuvieron en las elites (o aquellos que se incorporaron a éstas) conservaron sus privilegios.

Hasta los días que corren, el pueblo venezolano soporta ese destino signado por la duda; destino de pueblo condenado a preguntarse reiteradamente sobre su identidad. Tal situación, creemos, la atraviesa por haber renunciado a sus raíces hispanas más profundas, las que le daban derecho a convertirse o seguir siendo parte de eso que el historiador Ruggiero Romano llamó las *"nacionalidades satisfechas"*, es decir, aquellas que se estructuraron orgullosamente desde hace siglos en Francia, Inglaterra, España, Portugal.

Cuando Venezuela y los venezolanos renunciaron a esa identidad hispana (a la que tenían y tienen derecho) prefirieron convertirse en lo que el antes citado autor denominó *"nacionalidades frustradas"*, es decir, aquellas que antes que insertarse en el viejo tronco de su madre patria, prefirieron edificar una identidad únicamente sobre la base de la libertad y

10 Laureano Vallenilla Lanz: **Cesarismo Democrático y otros textos** (Biblioteca Ayacucho, Vol. 164). Caracas, 1991

la independencia nacional. Obviamente, ese sería el caso de las nuevas repúblicas hispanoamericanas.

El razonamiento anterior se puede reforzar con otros argumentos de conocidos autores, pero en aras de la brevedad no lo haremos<sup>11</sup>.

**Resumiendo**, afirmamos que Venezuela, al igual que sus hermanas repúblicas de Iberoamérica, ha sufrido una crónica crisis de identidad. Desde que asumió su condición de estado soberano, en medio de un proceso general de disolución del decadente imperio español, hasta este presente en que todavía sufre los embates del *neocolonialismo globalizador* y debe luchar desesperadamente por conservar los atributos formales de una república, nominalmente independiente.

**La identidad de los venezolanos de hoy debemos afirmarla a partir de una visión integral de la misma.** Sin pretender volver totalmente al remoto pasado, éste debe conocerse y asumirse como algo propio.

Ese pasado es parte fundamental de nuestra identidad como pueblo, sin él, seríamos como un individuo sin memoria. Y así como los amnésicos necesitan un “shock” para recordar, tal vez, nosotros en este caso, necesitemos algo similar.

Ciertas circunstancias históricas (como las graves crisis) habitualmente hacen que los pueblos asuman responsablemente su destino, o por lo menos, empiecen a reflexionar sobre qué cosa son y hacia dónde van.

Antes en esta reflexión se mencionaba que la identidad no era sólo una cuestión de cosas viejas del pasado. Decíamos que no se debía asociar la identidad venezolana solamente con la imagen de una choza de *bahareque*. Pues bien, cuando ya en el mundo contemporáneo han desaparecido la “*cortina de hierro*” que encerraba a la mitad de Europa, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y el “*muro de Berlín*”; cuando ya se ha levantado también la despectivamente llamada “*cortina de bambú*” que encerraba a la milenaria China, no debíamos nosotros, pretender edificar en Venezuela un “*muro de*

*bahareque*” que proteja, como algunos pretenden, nuestra identidad “amenazada”.

Pensamos que su mejor defensa no es cerrarse xenofóticamente a todo lo que venga de otras latitudes. Tampoco levantando las barreras de un supuesto “*desarrollo endógeno*” sustentado en absurdas propuestas pre-capitalistas: Agricultura de conucos, comercio de trueque; todo ello acompañado por un indigenismo y *patrioterismo* exacerbado.

Ante la avalancha de expresiones culturales foráneas debemos confrontar todo eso con lo que es nuestro verdadero patrimonio. En esa confrontación tal vez se pierdan algunas cosas –pero seguros estamos– también ganaremos mucho al enriquecer lo nuestro.

Cómo encerrarse detrás de ese “*muro de bahareque*”, si ya somos parte de este mundo contemporáneo, donde diariamente interactuamos utilizando la “*autopista de la información*”, sustentada en las comunicaciones a través de satélites, antenas rastreadoras, cables de fibra óptica, navegación por Internet, redes sociales y todo tipo de equipos que procesan y almacenan gigantescas bases de datos.

No cabe duda, en estos días, somos –más que nunca– los habitantes de una gran “*aldea global*”, habitantes de un planeta que pueden ver y escuchar “en vivo y en directo” los discursos del Presidente de los Estados Unidos de América, del rey de España y de otros dirigentes mundiales, los debates de los más importantes parlamentos del mundo, así como los eventos científicos, artísticos, deportivos, políticos o de cualquier naturaleza. **En suma**, todo el acontecer nacional, continental o mundial desfila ante nuestros ojos de manera inmediata o a las pocas horas de haber tenido lugar.

**Por eso nos repetimos ¿cómo cerrarse a esa invasión de nuevas ideas?**

Ninguna pared, ningún muro nos pone a salvo de la masiva circulación de nuevas expresiones culturales cada vez más cosmopolitas que determinan las características de la identidad nacional venezolana contemporánea.

Ante esta realidad, solamente tenemos una alternativa, sólo nos queda una trinchera en defensa de nuestra esquiada identidad: **Fortalecer la conciencia histórica**, asumirla en toda su complejidad. Penetrar en todos sus recodos, sin complejos, sin mutilar sus

11 Además de Ruggiero Romano, autores como Ángel Bernardo Viso, Germán Carrera Damas, Nikita Harwich Vallenilla han abordado este tema. En nuestro libro *El Culto a los Héroes y la Formación de la Nación Venezolana* (Caracas, Litho-tip, 1999), estos autores son considerados ampliamente. Igualmente lo hacemos en *El Pensamiento Político del Libertador Simón Bolívar (Formación Intelectual e Ideológica de Simón Bolívar en el Tiempo de la Ilustración, su Relación con el Carácter Hispánico)*. Caracas, Vadell-Hermanos editores, 2001

más profundas raíces indígenas, africanas, mestizas y, sobre todo, españolas –ya que este último componente ha sido el más negado– pero, paradójicamente, - es el que expresa lo sustancial de nuestro ser nacional: Idioma, tradiciones, religión, costumbres, folklore e historia de más de quinientos años.

Sin complejos, y sin avergonzarnos de lo nuestro, debemos relacionarlo con esa avalancha de información que nos invade (sin tener o no nuestro consentimiento). Sólo así se puede conservar una identidad viva y propia en estos tiempos.

Crear –ingenuamente– que nuestra identidad puede ser defendida, protegida y mantenida “pura” aislándonos de todo contacto con lo foráneo es condenarnos al fracaso. Sería como admitir, anticipadamente, que lo venezolano no sirve y que sólo lo extranjero es lo deseable, por ser supuestamente mejor o superior. Asumir esa actitud sería una posición de pueblo acomplejado, inseguro de lo que valen sus tradiciones, su cultura, su idioma. Sería una actitud indigna de los pueblos cantados por el gran poeta Rubén Darío que recordaba con amor y pasión a *los que todavía rezaban a Jesucristo y hablaban español*.